

En el pueblo muchos me llaman "la mamá buena". Es decir, la mamá buena. Muero a los 24 años, el 17 de noviembre de 1231. A mi funeral asiste el emperador Federico II. Y también mucha gente de varios países y de todas las clases sociales. Los que están ahí dicen que no se había visto ni quizá se volvería a ver en Alemania, un entierro tan lleno de personas y tan fervoroso como el de Isabel de Hungría, la patrona de los pobres.

Dios me permite ver milagros muy grandes. El mismo día de mi muerte, a un hermano lego se le destroza un brazo en un accidente. Está en cama sufriendo terribles dolores. De pronto, en su cuarto, me ve aparecer, vestida con trajes muy hermosos: "¿Señora, usted que siempre vestía trajes tan pobres, por qué ahora tan hermosamente vestida?". Y yo con una sonrisa le digo: "Es que voy a la gloria. Acabo de morir. Estira tu brazo que está curado". Él estira el brazo todo destrozado, y se cura por completo y de inmediato. Dos días después de mi entierro, llega a mi tumba un monje cisterciense, que sufre un terrible dolor en el corazón. Ningún médico logra curarlo. Se arrodilla y reza largo rato junto a mi tumba. Dios me permite interceder para que quede curado de su dolor y de su enfermedad.

Tú, igual que yo, encuentra al verdadero Rey: Jesús. Y dale todo a Él.

Deifina Sieiro Jiménez

PLEGARIA UNIVERSAL

1. Padre que nos amas tanto, permite que cada uno de nosotros, sirva a los demás con amor y alegría. Y busque siempre hacer tu voluntad. **Te lo pedimos Padre.**
2. Padre, te pedimos por los que formamos la Iglesia, para que siempre vivamos sirviendo y no queramos servirnos de los demás. **Te lo pedimos Padre.**
3. Padre, permite que los gobernantes de todo el mundo, busquen servir a sus pueblos y no sentirse más que los demás ni dejar que su corazón se llene de ambición. **Te lo pedimos Padre.**
4. Padre, te pedimos que los enfermos y todos los que sufren, igual que la viuda, le entreguen a Jesús todo lo que tienen, todo su dolor y su sufrimiento. **Te lo pedimos Padre.**
5. Padre, te pedimos que María, nuestra Madre interceda por nosotros para que nuestro corazón sea generoso y te demos a Ti, todo lo que tenemos, porque confiamos en que Tú nos cuidas y nos das todo lo que necesitamos. **Te lo pedimos Padre.**

Erika M. Padilla Rubio

Síguenos en youtube. Entra al canal PalabraObra.



EVANGELIO (MATEO 12, 38-44)

Erika: Hola Jesús. Estoy muy triste.

Jesús: ¿Qué te pasa?

Erika: Tú me dijiste que son felices los pobres de espíritu. Esos son los que se reconocen pequeños delante de Dios. Son los que no son orgullosos ni se creen más que los demás. Pero en mi grupo, hay una señora que no deja que otros participen. Ella quiere ser siempre la más importante y ocupar el lugar de honor. ¿Verdad que eso no te gusta?

Jesús: No. Por eso, les digo a mis discípulos: «Guárdense de los escribas, que les gusta pasear con amplios ropajes, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes. Y son los que se echan sobre los bienes de las viudas haciendo ostentación de largas oraciones. Ésos tendrán una sentencia más rigurosa».

Erika: Sí. Porque en lugar de servir a los demás con amor y alegría y hacer siempre la voluntad de Dios, prefieren seguir los criterios del mundo. Usan el puesto que tienen para hacer lo que ellos quieren y para sentirse más que los demás. Hasta son capaces de tomar las cosas de los demás, hasta de los que menos tienen.

Y ¿verdad que Tú no quieres que yo sea ambiciosa y que quiera tener mucho dinero? Porque prefieres que sea generosa y dé de lo que tengo.

Jesús: Así es. Un día me siento frente al arca del Tesoro. Esta es la alcancía en donde los fieles ponen su ofrenda en el Templo de Jerusalén. Y miro cómo echa la gente monedas en el arca del Tesoro. Muchos ricos echan mucho. Llega también una viuda pobre y echa dos moneditas, o sea, una cuarta parte del cuadrante. El cuadrante es una moneda romana, y las moneditas de cobre llamadas leptá, son las de menos valor que circulan en esa época.

Entonces, llamo a mis discípulos. «Les digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de lo que les sobra. Esta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir».

Erika: Aunque la viuda es una mujer pobre, es generosa y le da a Dios todo lo que tiene. Ella sí que pone en Dios toda su confianza y su esperanza. Ella sabe que Dios es su Padre, que siempre la cuida y le da todo lo que necesita para vivir.

Jesús, yo quiero servir y ser generosa. Quiero darlo todo, así como esta viuda.

Erika M. Padilla Rubio

HÉROES ENTRE NOSOTROS

Hola. Yo soy Isabel de Hungría.

Me dicen así, porque soy hija de los reyes de Hungría. Cuando nazco, mi papá, el rey Andrés II de Hungría, primo del emperador de Alemania, me promete en matrimonio al príncipe Luis VI, hijo del landgrave de Turingia, que tiene 11 años. A los cuatro años me llevan al castillo de Wartburg, para que me eduquen como princesa, pues ahí está la corte. Allí vive también Luis, mi futuro esposo. Nos hacemos muy buenos amigos y más grandes, nos enamoramos.

Cuando yo tengo 14 años nos casamos. En la misma ceremonia nupcial, Luis es coronado príncipe. A los 15 años tengo a mi primer hijo. A los 17 una niña y a los 20 otra niña.

Yo amo tanto a mi esposo que le digo a Dios: "Dios mío, si a mi esposo lo amo tantísimo, ¿cuánto más debiera amarte a Ti?".

Luis, también me ama mucho. Una vez un cortesano le pregunta si estaría dispuesto a renunciar a su esposa, y Luis señala una alta montaña que tiene enfrente y le dice: ni por aquella montaña convertida en oro fino, perdería a mi esposa.

Por el gran amor que me tiene, acepta que yo reparta a los pobres todo lo que encuentro en la casa. Y les dice a los que me critican: "Cuanto más demos nosotros a los pobres, más nos dará Dios a nosotros".

En un año de escasez, yo gasto todo mi tesoro en ayudar a los necesitados. Cuando tengo 20 años y estoy embarazada de mi tercera hija, mi esposo va a pelear para defender la Tierra de Jesús, la Tierra Santa. Y ahí muere. Estoy a punto de desesperarme, pero acepto la voluntad de Dios.

Rechazo varias ofertas de matrimonio. Un día que voy al templo, vestida con mucho lujo, veo la imagen de Jesús crucificado y pienso: "¿Jesús en la Cruz, despojado de todo y coronado de espinas, y yo con corona de oro y vestidos lujosos?". Nunca más vuelvo con vestidos lujosos al templo de Dios. Y decido vivir en la pobreza. Me dedico a ayudar a los más pobres.

Cuando muere mi esposo, me nombran regente del principado, hasta que mi hijo mayor alcance la mayoría de edad. Pero una conspiración de nobles logra expulsarme del gobierno. Dicen que desperdicio el dinero del Estado en los pobres. El hermano de mi esposo toma el poder. Me obliga a dejar el castillo. Tengo que refugiarme en un convento. Llevo allí una vida dura, ayudando a los pobres. Yo que en el castillo, cada día daba de comer a 900 pobres, ahora no tengo ni quién me dé a mí para el desayuno. Pero confío en Dios y sé que nunca me abandona, ni a mí ni a mis hijos.

Algunos familiares van por mí y me reciben en su casa. Mi papá, el Rey de Hungría logra que me regresen los bienes que me pertenecen. Con ellos construyo un gran hospital para pobres y ayudo a muchas familias necesitadas. Un Viernes Santo, ante el altar desnudo, de rodillas ante varios religiosos, hago un voto de renuncia a todos mis bienes. Como San Francisco de Asís, consagro mi vida al servicio de los más pobres. Puedo reconocer delante de todos, que he descubierto al verdadero Rey y el verdadero Reino, que no son de este mundo. Por eso cambio mis vestidos por un hábito franciscano, de tela burda. Y los últimos cuatro años de mi vida, me dedico a atender a los pobres y enfermos del hospital que fundé. Recorro las calles y los campos pidiendo limosna para mis pobres. Visto como las mujeres más pobres del campo. Vivo en una choza junto al hospital. Tejo y hasta pesco, para comprar medicinas a los enfermos.